



SACERDOTE

IGNACIO CARBAJOSA

Testigo de excepción

Diario de un cura en un hospital del COVID

Testigo de excepción

100XUNO

Ignacio Carbajosa

Testigo de excepción

Diario de un cura en un hospital del COVID



© El autor y Ediciones Encuentro, S.A., Madrid 2020

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección 100XUNO, nº 76

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

ISBN PDF: 978-84-1339-698-9

Depósito Legal: M-16688-2020

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com

ÍNDICE

Premisa	11
2 de abril. Primer día de servicio.....	17
3 de abril. Segundo día de servicio	25
4 de abril. Tercer día de servicio.....	29
6 de abril. Cuarto día de servicio	33
8 de abril. Quinto día de servicio.....	37
10 de abril. Sexto día de servicio	43
12 de abril. Séptimo día de servicio.....	47
14 de abril. Octavo día de servicio	53
16 de abril. Noveno día de servicio.....	61
18 de abril. Décimo día de servicio	65
20 de abril. Decimoprimer día de servicio	71
21 de abril. Decimosegundo día de servicio.....	75
24 de abril. Decimotercer día de servicio	79

26 de abril. Decimocuarto día de servicio	85
27 de abril. Decimoquinto día de servicio.....	91
29 de abril. Día de descanso	95
30 de abril. Decimosexto día de servicio	101
2 de mayo. Decimoséptimo día de servicio.....	107
4 de mayo. Decimoctavo día de servicio	113
7 de mayo. Decimonoveno día de servicio.....	119
8 de mayo. Vigésimo día de servicio.....	125

Al Dr. Rayo, la Dra. Valdazo y la hermana Josefa,
lazarillos en mi santa peregrinación

A la dirección y a todo el personal del Hospital San
Francisco de Asís de Madrid, que cuidaron (y dejaron cui-
dar) hasta el último instante la vida de tantos españoles
en esta pandemia

A los que nos dejaron y ahora gozan de la visión del Padre
bueno. A los que sobrevivieron y ahora están de vuelta
a casa, con sus familiares

A los sacerdotes con los que vivo que, con gran caridad,
salieron al paso de todas mis necesidades
durante cinco semanas.

*Y es difícil creer que la tibieza, la ternura, la belleza de su
relación no se haya recogido, no haya sido atesorada en algu-
na parte, de algún modo, por algún testigo inmortal
de la vida mortal.*

Vladimir Nabokov,
La verdadera vida de Sebastian Knight

A Fernando Savater, compañero de camino

PREMISA

Yo no soy «técnicamente» un capellán de hospital. Soy sacerdote diocesano de Madrid y mi tarea principal es la de ser profesor de Antiguo Testamento en la Universidad Eclesiástica San Dámaso. Mi servicio en el Hospital San Francisco de Asís se circunscribe a cinco semanas, del 2 de abril al 8 de mayo del 2020, y se relaciona con la pandemia de coronavirus que ha asolado a España y al mundo entero durante meses.

Cuando entré en el hospital, el 2 de abril, se alcanzaba el pico de fallecidos en un solo día a causa del COVID-19: 950 en toda España, una tercera parte (310) en Madrid. Eran los peores días de la pandemia. Los hospitales estaban colapsados. Unos días antes abría sus puertas el hospital de campaña de IFEMA, con el objetivo de acoger el excedente de enfermos y paliar el déficit de camas, plazas de UCI incluidas.

¿Cómo llegué a «convertirme» en capellán en tiempos de pandemia?

Las dos primeras semanas de confinamiento, previas a la entrada en el hospital, se presentaban ante mis ojos

con un cierto encanto. Los que nos dedicamos a la vida académica tenemos una *forma mentis* que ve en las horas de reclusión una amada posibilidad de investigar, escribir artículos, adelantar trabajos. En la primera semana ya había terminado la conferencia que tendría que pronunciar en Jerusalén en mayo (que obviamente sería pospuesta). He de confesar con un tanto de vergüenza que la perspectiva de las diferentes prórrogas del estado de alarma no me desagradaba: daban alas a mi investigación, un campo en el que me muevo con gusto.

Mi pasión por la investigación bíblica no estaba reñida con mi interés por lo que sucedía entonces en España. Al contrario, tenían y tienen el mismo origen: mi vocación de servicio a los hombres y mujeres de mi tiempo. Y lo que estaba sucediendo me llenaba de inquietud. Yo soy sacerdote. He sido llamado a dar la vida, no a preservarla con cuidado. Pero sobre todo me inquietaba la perspectiva de que el drama que se empezaba a vivir en hospitales, residencias de ancianos y casas no estuviera acompañado de significado. Dicho de otro modo, percibía la urgencia de que la fe, esperanza y caridad cristianas pudieran alcanzar a todos los que sufrían. Si la fe no sirve para estos momentos, ¿para qué sirve?

Hasta en un par de ocasiones ofrecí mi disponibilidad a mi obispo y a mi vicario, ya durante las dos primeras semanas de confinamiento. A finales de marzo nos llega un aviso a los sacerdotes menores de sesenta años sin carga pastoral pidiendo la disponibilidad para los hospitales